

Por qué amo Highland Park

Por Andrés Tapia, socio senior de Korn Ferry

Poco sabíamos cuando alquilamos por primera vez un bungalow en Pleasant Avenue en Ravinia que todavía estaríamos aquí en Highland Park treinta años después. Terminamos comprando y remodelando esa casa inicial y criando a nuestra hija Marisela allí durante veinte años antes de mudarnos a nuestra casa para siempre en Lincoln Avenue.

Nos quedamos y construimos nuestras vidas en Highland Park y lo convertimos en nuestra ciudad natal porque amamos mucho a la comunidad. Nuestras playas, nuestros barrancos, nuestros parques, nuestras pruebas en la naturaleza, nuestro encanto histórico, nuestras tiendas y restaurantes exclusivos, todos dan forma a una geografía urbana vibrante y atractiva.

Pero es la gente, la comunidad acogedora e inclusiva, la que hizo que todo cobrara vida para nosotros.

Crecí en Lima, Perú, hijo de un papá peruano y una mamá estadounidense y terminé en el área de Chicago cuando llegué a asistir a la Escuela de Periodismo Medill en la Universidad Northwestern, donde conocí a mi esposa Lori, un desarrollo humano y Especialista en política social de Kansas.

Debido a mi educación multicultural, y que reproduje en nuestra vida de casa con Lori y Marisela, era natural que me sintiera atraído por lo acogedores que eran los vecinos con nosotros y esos vecinos abarcaban todas las religiones, etnias, nacionalidades, generaciones y socioeconómicos. Esta diversidad y la aceptación de todos fue refrescante y edificante.

Pero al principio, debido a que lejos estaba no solo en distancia sino también culturalmente de mi educación latinoamericana, tenía mis dudas de echar raíces por completo aquí, incluso durante la decisión de comprar la casa que estábamos alquilando.

Pero algo sucedió la noche de nuestra fecha de cierre que puso fin a todas las dudas.

Habíamos estado tan ocupados preparando y ejecutando el cierre, que no habíamos prestado atención a quién iba a estar en el Festival Ravinia ese día de verano. Aunque estábamos a solo cinco minutos a pie, nuestro cansancio por los eventos del día nos llevó a sacar nuestras sillas de jardín al patio delantero para escuchar el concierto, ya que vivíamos lo suficientemente cerca para escuchar la música del escenario del Pabellón.

El espectáculo comenzó y ritmos sincopados vibraron desde los terrenos del Festival, navegando sobre los árboles y hasta nuestro jardín delantero. Para mi sorpresa, era un ritmo de salsa directo: la música con la que yo había crecido y experimentado a través de una miríada de fiestas de baile



en Lima. Como siempre, me sacó de mi asiento y allí, en el patio delantero de nuestra casa recién comprada en la ciudad de Highland Park, Illinois, Lori y yo bailamos salsa.

Ese momento no fue un evento atípico que me hizo sentir como en casa solo por un momento fugaz. En cambio, fue el presagio de tantos otros momentos de conexión con los vecinos, padres, estudiantes, jugadores de fútbol y artistas de Highland Park donde la diversidad cultural se manifestó, se celebró y se compartió.

Nuestra hija participó en la primera clase de lenguaje dual, un programa que por diseño reunió a familias y estudiantes de diferentes culturas que no solo estaban allí para aprender a ser bilingües y biculturales, sino también para desarrollar amistades transculturales significativas entre los estudiantes y también entre los padres.

Cuando nuestros niños entraron en las celebraciones de la mayoría de edad, las tradiciones de Bat y Bar Mitzvah se abrieron camino en las Quinceañeras y viceversa. ¿Dónde más pasa eso? Fue conmovedor, divertido y hermoso.

Luego hubo diversidad en el campo de fútbol AYSO. Después de haber jugado fútbol competitivo toda mi vida, me dediqué a entrenar fútbol femenino durante ocho años. Una vez más, el equipo y, por lo tanto, las familias fueron una agradable mezcla de diversidad. Y las chicas respondieron muy bien a los conceptos latinos que les presenté, como el grito de guerra, ¡ganas! Esta palabra no tiene una traducción exacta al inglés, pero captura en cinco letras la esencia de jugar y vivir con todo lo que tienes. Siempre fue muy emocionante cuando todo el equipo, en su mayoría hablantes nativos de inglés, gritaban ¡ganas! como el grito de batalla antes de cada juego. Ese abrazo de las diferencias por parte de las niñas de Highland Park y sus padres solo me hicieron sentir cada vez más bienvenido.

Estos arroyos de diversidad corren por todo Highland Park. El galardonado programa Ciudades Hermanas de Highland Park tiene décadas de intercambios culturales con Yerucham, Israel, Puerto Vallarta, México y Módena, Italia. El Highland Park / Highwood Rotary Club realiza intercambios de resolución de conflictos con jóvenes de aquí y de Belfast. La Fundación Comunitaria de Highland Park financia varias organizaciones sin fines de lucro que colectivamente sirven a una amplia mezcla de personas con diferentes programas para ayudarlos a prosperar. Estos son solo algunos de los muchos proyectos comparables que indican que las personas de Highland Park son acogedoras, sienten curiosidad por otras culturas y desean experimentar la riqueza de la diversidad.

El hogar es donde está el corazón y las personas son el corazón de una comunidad. Y dado que el corazón de Highland Park ha sido inclusivo, puedes ver por qué me encanta Highland Park y cómo he llegado a llamar a Highland Park mi hogar.